

Ante el Congreso Catequístico Nacional

EVOLUCION Y PROGRESO DE LA PEDAGOGIA CATEQUISTICA

II EL CATECUMENADO. CATEQUE- SIS DE SAN AGUSTIN Y SAN CIRILO DE JERUSALEN

EL CATECUMENADO es una institución que nace en la segunda mitad del siglo II, tiene su período de esplendor y apogeo en los siglos IV y V, y se extingue lentamente en torno al siglo VIII, dejando un recuerdo de sus ritos y ceremonias en las que se practican actualmente durante la administración del Santo Bautismo.

Sobre la fecha de su origen histórico, sobre sus varias clases y categorías, sobre la nomenclatura de esas mismas escuelas en la formación, se ha discutido largamente entre los historiadores de la Iglesia primitiva; y será difícil el extinguir totalmente esas nobles y eruditas discusiones, pues el catecumenado no fué igual en todas las épocas, ni uniforme en todas las regiones durante su historia de cinco largas centurias.

Hemos de atenernos, pues, a las conclusiones que sintetiza el *Diccionario de Teología*, de Vacant y Mangenot, completadas posteriormente, con admirable criterio y sensatez, por Miguel Gatterer S. J., Profesor de la Universidad de Innsbruck.

Por Catecumenado entendemos una institución de la primitiva Iglesia para preparar organizadamente a los neocon-

versos al Santo Bautismo. Nació como una necesidad imperiosa en la hora de las persecuciones con finalidades de selección y formación sólida de los convertidos. La persecución de Decio, por ejemplo, que reclamó a todos los ciudadanos romanos una cédula personal, en que constara que habían sacrificado a los dioses del Imperio, provocó muchas claudicaciones de cristianos (los libeláticos) que, sin sacrificar, alcanzaron furtivamente las cédulas. Más tarde, al tornarse oficialmente cristiano el Imperio (S. IV—V) grandes masas de pueblo, aún por conveniencias materiales, pedían la incorporación en la Iglesia. Por una razón inversa fué nuevamente imprescindible la selección e instrucción sólida de los neo-conversos para evitar la infiltración del criterio pagano en las comunidades cristianas.

El Catecumenado concentra, pues, la instrucción catequística de la Iglesia primitiva, bien entendido que no se refiere a los niños, sino expresamente a los adultos de toda clase y formación cultural.

Nuestra actual liturgia de Cuaresma, Semana Santa y Pascua, conserva múltiples recuerdos y alusiones a los cate-

cúmenos. Es necesario advertir que se refieren al tercero y último estadio del Catecumenado: el de los competentes o candidatos al bautismo, que recibían el Sábado Santo. Pero el Catecumenado no era episodio de una Cuaresma, sino prueba mucho más larga, que abarcó, desde su aparición varios meses; más tarde, varios años (dos, en España, tres, en el Oriente); pudiendo recogerse en los actos de varios Concilios, como el de Nicea, quejas sobre el período, demasiado corto del Catecumenado.

En la época de oro del Catecumenado (S. IV—V), que fué al de San Agustín y San Cirilo de Jerusalén, y la que pretendemos historiar preferentemente, eran tres, los grados fundamentales del Catecumenado:

el de los aspirantes (o prosélitos):

el de los oyentes (o propiamente catecúmenos);

el de los competentes (o candidatos cuaresmales al Bautismo).

Los aspirantes eran examinados cuidadosamente sobre los motivos de su conversión y su género de vida. Después se les daba una instrucción sumaria de la historia sagrada y verdades fundamentales de la religión cristiana. Sobre la conveniencia del exámen rígido de los aspirantes, da sabios consejos San Hipólito de Roma (muerto el año 235) en su obra *La tradición apostólica*. Pero es aún más interesante recordar que la íntegra obra de San Agustín: *De catechizandis rudibus*, se refiere a este primer grado del Catecumenado. Reminiscencias concretas de este primer grado del catecumenado han quedado en la fórmula actual del Santo Bautismo: tales son el examen inicial: *Quid petis ab Ecclesia Dei?* (¿Qué pides de la Iglesia de Dios?) y la exigencia precisa de una instrucción religiosa previa al Bautismo.

El segundo grado de los audientes (oyentes) o catecúmenos, era el más largo y elástico según el provecho que se notara en los candidatos. Se iniciaba con la señal de la Cruz, imposición de manos, la ceremonia simbólica de la sal, diversos exámenes y exorcismos, de que ha quedado un amplio recuerdo en el ceremonial del Bautismo actual. Los audientes eran admitidos a la Homilía del principio de la Misa. Recibían además una amplia-

ción de la primera instrucción exegética y bíblica y lecciones expresas sobre el precepto de la caridad y el exámen de los pecados.

Mucho mejor conocida es la organización del tercero y definitivo grado del Catecumenado. Los competentes, de la palabra latina *competere* (pedir juntamente), eran los que después de haber superado las dos categorías descritas, pedían y obtenían ser incorporados al grupo de los que se preparaban, durante la Cuaresma, al Santo Bautismo.

De ellos nos dice San Agustín en su obra *De fide et operibus* (MIGNE, P. L. 40, 202): *catechizantur, exorcizantur, scrutantur* (son catequizados, exorcizados y examinados).

La catequesis se realizaba durante los días de Cuaresma con sermones expésos del Obispo, o de un Presbítero, en su nombre. Tal es el origen de las humillias catequísticas de San Agustín y San Cirilo de Jerusalén, coleccionadas y traducidas por los PP. Félix Restrepo y Aurelio Ubierna, S. J. Son manifiestamente expositivas, absolutamente ajenas al método deductivo o histórico, como podrá comprobarlo quien las quiera consultar en las dos obras aludidas.

En medio de estas catequesis humillias, recibían los competentes el Símbolo de la Fe o Credo, acto vinculado en muchas partes a la ceremonia de la *aperitio aurium* o apertura de los oídos por medio de una unción. Debían aprender de memoria el Credo, y recitarlo con el sacerdote en la Misa. Durante los días inmediatos el Obispo o Presbítero, exponía la doctrina del Símbolo.

Poco más tarde recibían el texto del *Pater noster*, que nuevamente debían aprender de memoria y recitarlo con el Sacerdote en la Misa. Seguían las homilias explicativas del Padre nuestro.

En Roma, con ceremonial expresa, se les entregaba también, otro día, el *Prefacio*.

Los exorcismos del actual formulario del Bautismo se repetían con los competentes en cada Misa de la Cuaresma.

Los exámenes eran pruebas necesarias para alcanzar la gracia del Bautismo que recibía solemnemente en la augusta ceremonia del Sábado Santo.

La entrega del Credo y el *Pater Noster*, la *aperitio aurium*, los exámenes y los exorcismos, que se realizaban en la

primitiva Iglesia a lo largo de la Cuaresma, se han conservado en forma, sumamente sintética, en el formulario actual del Santo Bautismo.

El Catecumenado tenía un epílogo desde el Sábado Santo a la Dominica in Albis. Durante ocho días los recién bautizados (neófitos, infantes), conservaban el vestido blanco del Bautismo y asistían a exhortaciones excepcionales, catequesis mistagógicas, en las cuales se descorría plenamente el velo del arcano, o secreto que se guardaba con los paganos sobre el culto y ciertos sacramentos. Sobre todo sobre el Sacramento de la Eucaristía, por haber dado el Banquete Eucarístico lugar a tan caprichosas interpretaciones, como la de que en un convite nocturno los cristianos sacrificaban y comían a un niño.

Conservamos cinco Homilias de San Cirilo de Jerusalén escritas para esta última fase de los modo geniti infantes o neófitos.

¿El "método histórico" es el "tradicional" de la catequesis patristica?

La descripción sintética, que acabamos de hacer sobre las tres categorías graduadas del Catecumenado, facilita la inteligencia de la literatura catequística de los Santos Padres.

Sobre la instrucción que debe darse a los aspirantes o prosélitos escribió San Agustín su opúsculo *De catechizandis rudibus*. El pedagogo de Clemente Alexandrino contiene una amplia exposición, preferentemente moral, para los audientes. Entre las obras de San Cirilo de Jerusalén encontramos una integral colección de homilias cuaresmales y pascuales, para los competentes y neófitos.

Dos palabras sobre las obras catequísticas de San Agustín.

La pluma genial del águila de Hipona iluminó providencialmente algunos aspectos de la pedagogía catequística. Un diácono de Cártago, llamado Deogracias, encargado de la instrucción de los catecúmenos en su primera fase de aspirantes, le pidió, por el año 400, consejo y normas pedagógicas para su ministerio. El Santo Obispo le respondió con el opúsculo *De Catechizandis rudibus*. Rudes tiene en la obra una acepción amplia, que abarca no sólo a los ignorantes e incultos, sino a toda clase de candida-

tos, que aún ignoran las verdades de la fe.

San Agustín enseña cómo se ha de examinar al candidato sobre su instrucción y sus intenciones; y señala inmediatamente los temas que debe desarrollar el catequista antes de admitirlo al grado de los audientes: una narración completa y sumaria de la Historia Sagrada; una rápida indicación de los preceptos de la Iglesia y una exhortación final. En los últimos capítulos del libro presenta dos desarrollos, uno extenso y otro breve, de estos mismos puntos, desde el examen inicial hasta la exhortación.

Pero lo más interesante de la obra son los consejos pedagógicos que va diluyendo en la exposición. El más persistente se refiere a la alegría del catequista. El catequista ha de sentir placer en el trabajo de enseñar, por amor a la doctrina que expone, y por amor del alma de sus catequizados. Tan fundamental juzga el Santo este consejo que en expresos y largos párrafos estudia las siete causas principales del tedio del catequista: tener que descender a cosas tan pueriles; el éxito incierto de la plática; la repetición cansona de las mismas cosas; la insensibilidad del oyente; el sentimiento de interrumpir ocupaciones más gustosas; los disgustos de los desaprovechados; nuestros pecados y errores.

Otro de los consejos predilectos de San Agustín es la claridad en la exposición.

El tercero, al que concede también párrafos expresos, es la acomodación a la cultura y aficiones de los catequizados: gramáticos, oradores, retóricos...

Parecerá, con todo, que omitimos intencionadamente algo muy fundamental: la exhortación del Santo a utilizar el método deductivo o histórico.

Hemos examinado el opúsculo, en su texto original, capítulo por capítulo, precisamente porque nos habían hecho creer que el libro era uno de los que han servido de fundamento para la teoría del método histórico y deductivo, que algunos de ellos han llegado a calificar de tradicional y agustiniano.

Este método —descrito ya en nuestro artículo anterior— consistiría, según sus defensores, en establecer un hecho histórico y proceder después a razonar sobre él, de modo que la doctrina se desprenda espontáneamente como una moraleja o consecuencia de la narración.

Pues bien, después de leer detenidamente *De Catechizandis rudibus* podemos garantizar que en todo el libro no hay un solo párrafo que justifique el hacer a San Agustín padre de este método; mucho menos si ese método —que es excelente— se ha de entender en sentido exclusivo o al menos preferido de los Santos Padres. La prueba de este aserto la puede encontrar el autor en la importante nota que añadimos al pie (1).

(1).—En número reciente de SIC V (1942) 161 se adujo en favor del método histórico la siguiente cita de San Agustín, que por venir entre comillas creíamos traducción literal: "...*Estas narraciones deben ser tomadas de la Sagrada Escritura, comenzándolas en el principio de ella, en el capítulo que dice: En el principio creó Dios el cielo y la tierra... pero no se imagine usted que tiene que narrar los incontables hechos que se mencionan en el Antiguo Testamento, o en los Evangelios, o en los Hechos de los Apóstoles. No tiene usted tiempo ni tiene necesidad de ello; lo que tiene que hacer usted es elegir entre estas historias, las que aparecen más maravillosas y agradables a sus oyentes especialmente aquellas que son mencionadas en el Credo, y después resumirselas... no debiendo referirse estos hechos de prisa, ni pasar pronto a otros, sino que deben ser considerados con detenimiento, una y otra vez, hasta que aparezcan con toda claridad, debiendo provocar además preguntas y consideraciones en los oyentes*". Esta versión, tomada sin duda de la obra del P. José V. Tahon, ha sufrido a través de sucesivas transcripciones de autores, empeñados en sustentar una teoría pedagógica determina, profundas y decisivas variantes. Hemos subrayado en la cita varias frases, porque no las encontramos justificadas en el texto original de San Agustín, que es el siguiente:

...*Itaque prius de modo narrationis quod te valle cognovi, tum de praecipiendo ataque cohortando, postea de hac hilaritate comparanda, quod Deus suggesserit, disseremus.*

Narratio plena est cum quisque primo catechizatur ab eo quod scriptum est, in principio fecit Deus coelum et terram (Gen I, 1), usque ad praesentia tempora Ecclesiae. Non tamen propterea debemus totum Pentateuchum, totosque Iudicium et Regnorum et Esdrae libros, totum Evangelium et actus Apostolorum, vel, si ad verbum edidicimus, memoriter reddere, vel nostris verbis omnia quae in his continentur voluminibus narrando evolvere et explicare; quod nec tempus capit, nec ulla necessitas postulat; sed cuncta summam generatimque complecti, ita ut elegantur quaedam miravillora quae suavius audiuntur, atque in ipsis articulis constituta sunt, ut ea tamquam in involucris ostendere, statimque a conspectu abripere non oporteat, sed aliquantum inmorando quasi resolvere atque expandere et inspicienda atque miranda offerre animis auditorum caetera vero celeri percursione inserendo contexere. Ita et illa quae maxime commendari volumus, aliorum summisione magis eminent; nec ad ea

El Santo recomienda, es cierto, que al aspirante se le narre sumariamente toda la Historia Sagrada: Antiguo y Nuevo Testamento; como aconseja igualmente que se le dé una noción de los preceptos de la Iglesia. Pero no debe olvidarse que esto no es sino una de las tres fases de la primera de las tres escalas del Catecumenado. En cambio no encontramos en parte alguna del libro la recomendación de la narración como método pedagógico. Hay más: El mismo Santo, en el doble modelo de exposición que desarrolla al final del libro, utiliza simplemente el método expositivo, y cuando emplea la narración no lo hace en el estilo deductivo, anteriormente citado.

Hemos examinado también las homilías y exposiciones catequéticas del Santo en sus obras: *De fide et operibus, De Doctrina Christiana, De fide et Symbolo, Enchiridion ad Laurentium, seu de fide, spe et charitate*.

Otro tanto hemos hecho con las homilías catequísticas de San Crisóstomo, San Cirilo de Jerusalén y el Pedagogo de Clemente de Alejandría. En ninguno de ellos encontramos una defensa expresa del método deductivo o narrativo y sí una práctica constante del método expo-

fatigatus pervenit, quem narrando volumus excitare; nec illius memoria confunditur, quem docendo debemus instruere.

In omnibus sane non tantum nos oportet intueri praecepti finem, quod est charitas de corde puro et conscientia bona et fide non ficta (I Tom. I, 5), quo ea quae loquimur cuncta referamus; sed etiam illius quem loquendo instruimus, ad id movendus atque illius dirigendus aspectus est. (Migne Lat. XL, 312 - 13).

Hemos recogido la cita en su contexto para que se justifiquen las notas que vamos a añadir.

1.—La traducción ofrecida es libérrima y en ninguna manera puede ser presentada entre comillas, lo que significa que se traduce textualmente.

2.—Hay interpretaciones inadmisibles como: *atque in ipsis articulis constituta sunt*, que se traduce por "*especialmente aquellos que son mencionados en el Credo*". Tal interpretación sería indudablemente favorable para los defensores de que San Agustín patrocinara el método histórico. Pero sucede que en San Agustín la frase *articuli temporum* se refiere no a los *artículos del Credo*, sino a las *cinco edades del mundo*, como lo puede comprobar quien vea el texto original Nos. 6 y 39.

3.—Toda la última frase: *deblando provocar además preguntas y consideraciones en oyentes*, es pura invención y añadidura, sin ninguna base en el texto de San Agustín.

sitivo. Lo que tiene una explicación muy obvia, pues el Catecumenado era institución de personas adultas y en ellas era más fácil obtener la atención a párrafos puramente expositivos y a veces a sutiles disertaciones.

Estas afirmaciones, que no tienen la pretensión de ser revolucionarias y mucho menos polémicas, las podrá comprobar el erudito lector (sin el esfuerzo de acudir, como lo hemos tenido que hacer nosotros) al texto original de la Colección Migne, en las traducciones que de los dos grandes catequistas de la era patristica (San Agustín y San Cirilo de Je-

rusalén) han publicado el P. Félix Restrepo y el P. Aurelio Ubierna S. J.

Bibliografía:

Gatterer, Michael, S. J. — *Catechetik oder Anleitung zur Kinderseelsorge*. Innsbruck. Rauch. 1931.

MIGNE. PL. XXXII — XLVII; PG. XXXIII; VIII — IX.

Vacant—Mangenot. — *Dictionaire de Theologie: Catechuménat; Catéchése*.

Razón y Fe. Los grandes maestros de la Doctrina Cristiana. — Tomo I: San Agustín, por el P. Félix Restrepo, S. J., 1925. — Tomo II: San Cirilo, por el P. Aurelio Ubierna S. J., 1926.



M. Aguirre Elorriaga, S. J.